

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLII

CICLO DE CONFERENCIAS

**CENTENARIO DE LA APERTURA DE
LA GRAN VÍA**



*A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA – M.ª T. FERNÁNDEZ TALAYA – J. DEL CORRAL
RAYA – L. M. APARISI LAPORTA – C. CAYETANO MARTÍN – M. BERNAL
SANZ – S. TORREGUITART BÚA – F. PORTELA SANDOVAL*

*INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: Vista de la Calle de Alcalá, antes de iniciarse la Gran Vía.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-935195-8-2
Depósito Legal: 49.989-2011
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al ciclo de conferencias del Centenario de la apertura de la Gran Vía</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	11
<i>El centro de Madrid antes del trazado de la Gran Vía</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA.....	15
<i>La Red de San Luis se incorpora a la Gran Vía</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	33
<i>Pérdidas y ganancias de la Gran Vía</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	53
<i>De cómo la Gran Vía trastoca el callejero</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	59
<i>La burocracia y espacio urbano: la Gran Vía en la Administración Municipal</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	73
<i>La desaparición de los palacios de Jacometrezo en el trazado de la Gran Vía</i> , por MARÍA BERNAL SANZ.....	91
<i>El Centro Cultural de los Ejércitos, la Gran Peña y el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial. Tres edificios emblemáticos del primer tramo de la Gran Vía</i> , por SUSANA TORREGUITART BÚA.....	107
<i>La escultura y la Gran Vía: fachadas e interiores</i> , por FRANCISCO PORTELA SANDOVAL.....	125

PÉRDIDAS Y GANANCIAS DE LA GRAN VÍA

Por JOSÉ DEL CORRAL RAYA
Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el día 23 de marzo de 2010,
en el Centro Cultural de los Ejércitos

Indudablemente la gran acción urbanística madrileña del siglo XIX fue el Ensanche de Madrid, como la realizada en el siglo XX fue la apertura de la Gran Vía.

Actualmente convendría no olvidarse de una estrecha vigilancia del Ensanche, muy deteriorado en lugares y puntos, que supone una buena parte del plano madrileño. Pero desde luego, su importancia y el inmediato centenario de su inicio de obras, hacen de la Gran Vía el principal asunto de interés y el tema de estas conferencias.

Sin embargo, no se debe olvidar el interés que tiene, para cuantos estamos dedicados a los estudios madrileñistas, la que pudiera ser la obra de mayor relieve de nuestro actual siglo XXI en materia de urbanización madrileña. No hay que olvidar que el siglo pasado se ocupó bien prontamente de estas materias, logrando el resultado de nuestra Gran Vía.

Al ocupar esta tribuna se tienen indudablemente varias responsabilidades y obligaciones y quizá la más importante e irrenunciable es la de obrar con la más absoluta objetividad. Por eso, antes de entrar en el tema de la Gran Vía, yo quiero confesar mi gran falta en esta ocasión: yo no puedo ser objetivo al referirme a la Gran Vía de Madrid. Esta demasiado entrelazada con mi propia biografía, fue escenario de toda una larga etapa de mi vida y en definitiva no quiero ocultar que, desde hace muchos años, este, que hoy tenéis la amabilidad de escuchar, esta profunda y definitivamente enamorado de la Gran Vía. Veo, quizá demasiado claramente sus defectos, pero siempre los paliaré, y sobrepondré a ellos sus meritos, que también, después de todo, los tiene. Ruego el perdón de todos por esta razón suprema, que se sobrepone a toda realidad.

Lo que yo quiero proponeros esta tarde, es un balance de sus meritos y pecados, para después intentar adéntranos, en lo posible, en su inmediato futuro, para lo que cuento, desde luego, con la ayuda de todos.

Situemos nuestro tema con precisión: el lunes 4 de abril de 1910, el rey Alfonso XIII, vistiendo un largo capote militar de claro color azul y tocado con un brillante casco niquelado y rematado en larga y aguda punta, según el más actual entonces modelo militar prusiano.

Estamos en un momento de la Historia, que parece alzarse sobre la, casi inmediata, Primera Gran Guerra Europea.

El monarca empuñará una dorada piqueta y atacará con ella el muro de fachada de una casilla vieja y no muy importante, que estaba paredaña a la Iglesia Parroquial de San José y en la esquina de la desaparecida y olvidada calle de San Miguel, que ha venido después a ser el centro de la calzada tranviaria. En el tejado de la casucha aparecieron varias cuadrillas de obreros, que se lanzaron frenéticamente a la destrucción de aquel pequeño edificio, con tanta efectividad, que antes de que el rey Alfonso llegara a la tribuna prevista para el acto de la firma, ya el primer carro cargado de escombros comenzaba a recorrer la calle de Alcalá, anunciando que tras y el y durante años, muchos miles de carros similares, recorrerían aquellos lugares con los escombros de la destrucción del viejo caserío.

Al día siguiente, un entonces jovencísimo periodista, Serrano Anguita, llenaría con gruesos titulares la primera página de su diario: «Alfonso XIII hincó el pico». Fue el primer chiste que se hizo al socaire de la Gran Vía. Muchísimos años después, su autor, en el Instituto de Estudios Madrileños, donde acababa de ingresar quien os habla, sería uno de aquellos importantes hombres, que, en una serie de reuniones de los miércoles, me enseñaron todo lo que yo sé de la vida literaria y periodística de la primera mitad del siglo XX.

Pero tras la breve evocación del nacimiento material de la Gran Vía, es preciso recordar la figura, demasiado olvidada en nuestra habitual ingratitud, de quien fue Alcalde de Madrid y causa determinante, de forma personal, de ese nacimiento de la nueva calle de la Villa: el Conde de Peñalver.

Y también vale la pena recordar que, nuestra querida Gran Vía, es una de las poquísimas calles madrileñas, de las que conocemos, de una forma clara y determinante, el día de su nacimiento.

Pero fatalmente, parece necesario que, para que algo exista, algo sea destruido, y más en materia de urbanismo y así convendrá recordar lo que costó la Gran Vía. No en precio vulgar de monedas, sino en lo que fue preciso derribar para construirla.

Curiosamente, cuando de esto se habla, enseguida y casi siempre de forma solitaria, se recuerda la salvación del Oratorio dieciochesco del Caballero de Gracia. Sí, afortunadamente, y aun en contra de algunos, que pedían su derribo absurdamente, se salvó el precioso Oratorio. Pero, aunque eso no suele recordarse, se perdió el Colegio de la Presentación de Nuestra Señora, de la calle de la Reina, que en Madrid se conocía como las Niñas de Legales, que tenía un precioso templo barroco del siglo XVII, con las últimas pinturas al fresco de un pintor madrileño de obra casi perdida, Ruiz de la Iglesia. De aquello no queda otro recuerdo ni memoria, que no sea unas diminutas fotografías, de tres centímetros por seis, que están pegadas a las páginas de su expediente de demolición, en el Archivo de Villa. Curiosas y únicas fotografías que, que yo sepa, no han sido jamás reproducidas y cuya reproducción, ampliada con los medios que hoy se disponen, podrían ser de un extraordinario valor.

Todavía se perdió más. Se perdió mucho, de lo que nunca se habla: la calle de Jacometrezo con sus viejas casonas numerosísimas, con un nutrido comercio que dejó

unos huecos que nadie ha estudiado hasta ahora. Afortunadamente, en este mismo curso, María Bernal, dedicara, a esos desaparecidos palacios, la conferencia que merecen y que hasta ahora no han tenido. Aunque ya no existía, según un artículo del la casona del propio Jacobo Trezzo.

También es cierto, que con esto se cierra, verdaderamente, todas las pérdidas, pues otra zona demolida, tenía un triste privilegio, el de ser el lugar donde se habían concentrado más prostíbulos por metro cuadrado de la Villa.

Y ya que estamos recontando pérdidas de la Gran Vía, no quiero dejar en el silencio la de la terrible broma, gastada a los modernos investigadores, con el nombre de las calles adyacentes, aunque eso sea culpa, no de la Gran Vía, sino de la gracia de los concejales que fueron encargados de ello y que dieron el nombre de una antigua y desaparecida calleja a otra que estaba en otro lugar, y con otra dirección, con lo que consiguieron enloquecer a los que ahora precisan de verificar localizaciones por aquellos lugares. A mi me hicieron perder una tarde completa, hasta que descubrí el triste bromazo municipal. Pero de eso seguro que les habla, en otra de estas tardes, mi amigo y compañero Luis Miguel Aparisi.

Habrà que añadir a lo dicho otros detalles de lo que nunca llego a ser realidad, aunque estuviera aprobado y pensado desde tiempo antes. Pues sucedió que, como la obra duro muchos años, el primitivo proyecto fue alterándose varias veces y así, quedo en la nada el bulevar del trozo segundo, entre Callao y la Red de la San Luis. Y una serie de monumentos curiosos, entre los que recuerdo haber visto, en el Archivo de Villa, el dibujo de una llamada Columna Metereologica y no era la única.

¿A qué se dedico la Gran Vía? Yo creo que esa fue la primera sorpresa que se llevaron sus propios autores. Se puede simbolizar en un bello edificio que siempre se llamo, desde su fundación, «Palacio de la Música» y que nunca lo fue. No importando que se había construido para eso: se convirtió, como todos sabemos, en un Cine, haciendo inútiles todos los estudios de acústica realizados en su construcción y todos los pianos que siempre se pensaron en el y hablo refiriéndome a lo que un día leí en los documentos de su proyecto en el Archivo de Villa, antes y después de su derrumbe, pues tampoco suele recordarse que se cayo durante su construcción.

Pero es el momento de tratar de saber como fue la Gran Vía. Si es posible resumir aquella Gran Vía que yo viví, de los años veinte y treinta, se podría decir que fue el signo de la modernidad. Allí, en sus comercios y escaparates, se reflejaba lo ultimo de su tiempo, desde la revolución de los muebles de acero «Polaco» a la ultima cafetería aparecida, haciendó olvidar los viejos cafés.

Era, por entonces, la Gran Vía, el resumen del gran comercio de Madrid y, a la vez, el conjunto de los cines que, entonces, se llamaban de estreno y debe tenerse en cuenta que el cine era, por aquellos días y en si mismo, espejo de novedad.

Aquella Gran Vía, tenía hasta paseo. Todavía el paseo era un uso y una institución que había heredada de otros tiempos. Tuvo la Gran Vía su paseo, en la acera del Palacio de la Música, en el trozo entre Callao y la Red de San Luis.

Todavía me queda el recuerdo de aquel escaparate de una zapatería, con muchas pretensiones, que ofreció un día una extensa colección de zapatos con ruedas, unas ruedas falsas, solo existentes para llamar la atención.

Otra de sus características era la muy clara y distinta personalidad de cada uno de sus tres trozos. Entre Alcalá y la Red resultaba como más señorial y cuidada en sus formas. El segundo tramo, Red de San Luis-Callao, fue siempre más alegre y juvenil. Muy distinto era el tercero, que no se pudo ver acabado hasta mucho después de nuestra guerra y que antes era como un proyecto de futuro. Todavía queda algo de ese espíritu primitivo para el paseante atento y cuidadoso.

Si, ciertamente vestigios quedan de lo que fue entonces y todavía, algún establecimiento comercial, alguna cafetería, parece querer continuar la existencia de un pasado cercano, pero ya imposible.

De entonces a aca nuestra Gran Vía ha desarrollado nuevos caminos. que empiezan a parecer claramente. De una parte, se muestra con decidida vocación hostelera y la proliferación de hoteles, a uno y otro lado, de la calle, parecen convertirla, a poco que nos descuidemos, en un inmenso vestíbulo de un hotel gigantesco.

De otra parte viene sufriendo, especialmente en su primer tramo, una tremenda invasión burocrática. La burocracia parece decidida, en nuestros días, a ocuparlo todo, a llenarlo todo, a acabar con cuanto exista a su alrededor para imponer el rígido criterio del expediente y el oficio.

En otros días los pisos de la nueva calle estaban también, en buena proporción, ocupados por oficinas, generalmente de profesionales liberales, pero también había muchos, dedicados a domicilios residenciales. La transformación está en que esas nuevas oficinas son oficiales, y que es posible que ya no quede nadie, viviendo en la Gran Vía.

Si, ya se, han cambiado las modas y los gustos y hoy quien busca un domicilio vividero, no lo hace en la Gran Vía, ni por descuido.

Es preciso reconocer, si queremos volver a dar a la calle el esplendor que tuvo, y que a nuestro juicio debería recuperar, que, lo mismo que los cines no pueden ser ya una parte considerable de su contenido, los domicilios tampoco pueden tenerse en cuenta.

Cierto que existen posibilidades de conversión. Parece que el Palacio de la Música va a recuperar su, primitivo y nunca realizado destino, de dedicarse precisamente a eso, a lo que su nombre anunció siempre. Y será indudablemente un acierto, pero ya sabemos que la excepción no puede aplicarse al todo.

Es preciso salir al paso de otras soluciones más utópicas. El Ayuntamiento puede hacer muy poco, en este caso y no va a valer la cómoda solución de echarle la culpa, que es fácil camino que todos hemos recorrido en demasía. El Ayuntamiento podrá poner a la calle pisos de taracea o de lapislázuli exquisitos, que por otra parte durarían muy poco, podrá buscar iluminaciones sorprendentes que sean el no va más, de lo bello y práctico, podrá colocar por el camino cachirulos especiales y bellísimos para tirar papeles o para vender periódicos, pero puede hacer muy poco más y desde luego, no puede intervenir en el destino de locales de la calle.

Hay otros dos puntos que no quisiéramos dejar en el olvido. Uno es, la reciente renovación de la Plaza del Callao. Técnicamente la Plaza del Callao no es la Gran Vía, pero están sin duda unidas de forma indisoluble y no puede olvidarse, que acometer la aventura urbana de la apertura de la Gran Vía, tuvo su origen, precisamente, en esa Plaza del Callao, como reconocía el nombre primitivo que le diera el Ayuntamiento.

Se ha reformado la plaza, que ha quedado mas grande, al absorber las vías de tráfico, ¿su nuevo aspecto, influirá de alguna manera en el resurgimiento de la Gran Vía?

Actualmente existe en casi inicio de obras, una casa de la Gran Vía, esquina a la calle de Tudescos. Si no me equivoco en la cuenta, es la tercera que allí se levanta y a no ser que la memoria me juegue una mala pasada, la primera, era un gran acierto de gracia arquitectónica que fue sustituida por una casa pretenciosa, que es la últimamente desaparecida. La futura ¿cómo va a ser? En estos momentos de cambios y nuevos destinos, esa casa puede resultar de gran importancia en el futuro inmediato de la Calle.

No puede ocultarse que la Gran Vía no tuvo demasiada suerte artística, fue un momento de baja creación arquitectónica y así, aunque sus edificios están firmados por los mas grandes arquitectos del momento, sólo muy pocos podrían salvarse de un examen no demasiado riguroso. Alguna vez he escrito que la Gran Vía comenzó abrumada por la escayola y acabo sumergida en el plástico. La sola mención de esos materiales deleznable ya es muy representativa.

Y ahora estamos ante el futuro. Es preciso reconquistar la Gran Vía. Como hacerlo es ya mucho más difícil. Aquí hemos querido ofrecer la necesidad de acometerlo que, por otra parte, parece estar, de forma decidida, en todos los ambientes. Por mi parte he pensado mucho en este tema, que me viene preocupando ya desde hace tiempo. Muchos métodos para atacar el problema me han ido surgiendo y se han ido desechando. Debo volver a lo que escribí en un artículo publicado, hace meses, en *La Ilustración de Madrid*, esa excelente revista, dedicada a Madrid, que ha sabido guardar el perfume romántico becqueriano.

Creo que, para hacerlo, es lo más sensato convocar una gran reunión, no abrumadora. Pero si suficiente, de cuantas instituciones y personalidades estén suficientemente involucradas en el cambio. Y a la vez, convocar un concurso de ideas, que pudiera tener hasta carácter internacional, y que podría aportar resultados, sobre todo, si ambas acciones estaban suficientemente integradas entre si. Y muy importante, no tratar de resolver todo en una semana, que las prisas nunca fue el mejor camino de la reflexión.

Y en todo caso, no olvidarse de algo que, es tan claro y determinante, que por ello mismo es fácil no tener en cuenta. No olvidar que, como esta tarde comenzamos diciendo, la Gran Vía de Madrid fue la gran obra urbanística del siglo XX y del siglo XX debe ser siempre esta calle, si no quiere vestirse de ajenos oropeles, que la conducirían lamentable y únicamente por los caminos del ridículo. Nadie puede ser ajeno a su tiempo, so pena de perder su propio sentido de vida.

El siglo XX fue una centuria trágica, que supo morir en cien guerras espantosas, como nunca las había conocido la Historia. Pero fue también una fecunda etapa para la Literatura, para el Arte y para el Pensamiento.

El viejo cronista que esta tarde os ha aburrido machaconamente, esta ya al cabo de una vida, íntegramente dedicada a Madrid. Que estará llena de errores, pero que se fundo siempre en el estudio. Ha pasado su hora. Hoy, ahora, el turno es vuestro, de los que han comenzado su marcha en el estudio y el amor, de esta ciudad, bella e ingrata, que es Madrid, por mi parte sólo puedo y sólo me resta, haceros una petición, arrancada desde las más profundas honduras del alma: ¡Salvad la Gran Vía!